


Contraalmirante Carlos Guillermo Wooster

El Contraalmirante

Carlos Guillermo Wooster

Fue tal vez el más brillante e ilustre de los norteamericanos que se asociaron a la causa de la revolución emancipadora de Chile.

Apenado por la muerte repentina de su joven esposa y siguiendo los consejos de sus amigos, reunió toda su fortuna para adquirir un bergantín que denominó "Columbus", lo armó en guerra y se hizo a la mar con destino a Chile en los primeros meses de 1817. Vendió la nave al Gobierno y con el grado de Capitán de fragata se incorporó a la Armada de Chile.

Su buque recibió el nombre de "Araucano" y él tomó el mando de la fragata "Lautaro", buque con el cual abordó a la fragata "María Isabel" en la bahía de Talcahuano. Cuando Blanco Encalada recaló triunfante a Valparaíso al mando de la Primera Escuadra Nacional, Wooster comandaba la fragata española capturada.

Pero el arrogante corsario norteamericano que cifraba su orgullo en las banderas inglesas que había apresado en sus

cruceros, no podía someterse a servir bajo las órdenes del ilustre británico que había asumido el mando de las fuerzas navales chilenas. Wooster puso su renuncia en manos de Lord Cochrane y estuvo ausente del servicio durante los tres años que éste mandó nuestra Escuadra.

Con el retiro de Lord Cochrane, el año 1822, Wooster se reincorporó al servicio naval de Chile y con el rango de Capitán de Navío asumió de nuevo el mando de la fragata "Lautaro". En el invierno de ese mismo año condujo a su bordo la expedición pacificadora con que el Coronel Beauchef volvió a recuperar la provincia de Valdivia.

Efectuó luego el crucero al Perú en 1823, y tomó parte en la primera y malograda campaña de Chiloé, siempre al mando de la "Lautaro". A mediados del año 1825, el Capitán Pedro Angulo obsequiaba a la Armada de Chile el hermoso bergantín español "Aguiles", capturado por él en las Marianas. En sus penoles flameaba el gallardete del Comandante Wooster, el día en que nuestra Es-

cuadra forzó la entrada del puerto de San Carlos de Ancud, bajo el mando superior de Blanco Encalada, a bordo de la "O'Higgins".

El año 1826, libertado el archipiélago y rendidos los castillos de El Callao, la Escuadra chilena quedó reducida a sólo el bergantín "Aquiles". En esa época Wooster desempeñó diversas comisiones en el litoral, entre las que se cuentan el transporte de tropas que, al mando del Coronel Aldunate, pacificaron a Chiloé en 1826, y la conducción del General Santa Cruz a Bolivia, país del que había sido nombrado Presidente, mientras residía en Chile en calidad de Ministro Plenipotenciario. El Capitán Wooster recibió del ostentoso hijo de la Inca Guarina espléndidos obsequios por este servicio. En aquel entonces, el Gobierno de Chile lo premió, confiriéndole el grado de Contraalmirante, cuyas funciones en realidad desempeñaba desde hacía ya tiempo, pues era el único jefe que mandaba buques en nuestra naciente Marina de Guerra.

La discordia civil del año 1829 habría de envolverlo en breve, de tal suerte que sus frecuente contrastes fueron sumamente duros durante aquellos tristes conflictos. La posesión del "Aquiles" se hizo, por tal motivo, de una importancia casi decisiva para los bandos contendientes, pues era el único buque capaz de abrir o interceptar las comunicaciones marítimas para las acciones militares. Ello dio lugar a una serie de motines en la tripulación de aquel buque que su Capitán reprimía con inexorable rigor, haciendo a veces justicia con su propia mano. En una ocasión derribó de un balazo a un tambor que tocaba llamada a los sublevados y en otra, entró en la bahía de Valparaíso llevando colgados de las vergas los cadáveres de dos de los rebeldes que habían capitaneado una intontona de motín.

En este sentido era tan severa la disciplina del Contraalmirante Wooster que la viajera inglesa Mrs. Graham cuenta que en una oscura noche permitió que el centinela del buque disparase sobre un bote que él mismo ocupaba, al haber olvidado responder el ¿Quién vive?

Finalmente el "Aquiles" debió arriar su bandera ante la fuerza de la facción

triumfante, capitulando en Coquimbo a petición del Presidente Vicuña, a quien había trasladado a dicho puerto, después que fuera hecho prisionero por sus oponentes al desembarcar. Wooster, que hubiera preferido quemar toda la pólvora de su santabárbara contra la plaza o contra sí mismo, se retiró a Valparaíso, rehusando reconocer al Gobierno revolucionario que se instalaba. Fue dado de baja, privado de sus sueldos y de la parte de presas que le adeudaba el Fisco.

Desde entonces Wooster arrastró una vida de privaciones y emprendió un viaje a su patria el año 1835, merced a un abono de seis mil pesos, que por vía de transacción, le otorgó el Gobierno.

De regreso a Chile dos años más tarde, no tuvo otro sostén que la ayuda de un leal amigo, en cuya familia era considerado con el rango de un respetable decano, hasta que las circunstancias políticas que le perseguían, los obligaron a separarse.

El Contraalmirante Wooster se dirigió posteriormente a California, como sobrecargo de un buque que llevaba un cargamento de harina. Se encontraba en aquel país el año 1848, cuando se descubrió el oro, y por algún tiempo le sonrió la suerte, con esperanzas de opulencia y de descanso, pues se había convertido en uno de los más fuertes propietarios de terrenos en el puerto de San Francisco.

La muerte vino, sin embargo, a cerrar sus ojos cuando lucía el primer albor de aquel horizonte que le auguraba paz y ventura en su ancianidad, pereciendo víctima de las privaciones y enfermedades del clima el año 1849, cuando rayaba ya en los setenta años de edad.

El último pensamiento de este meritorio veterano de nuestras naves fue un voto por Chile. Pidió en su testamento que sus restos fueran cubiertos con una mortaja militar formada por los pabellones entrelazados de la Unión del Norte y de Chile, como un símbolo de su amor a estas dos patrias de sus servicios y de su gloria. Paradojalmente, en aquella época veíanse en las vidrieras de una joyería de San Francisco de California algunas alhajas que ostentaban los colores de Chile. Eran las medallas de Chiloé y de la Legión al Mérito que el Con-

traalmirante chileno don Carlos Wooster había dado en prenda para comer el último y amargo pan del dolor ante la ingratitud y la miseria que le significaba la proscripción.

Tal fue el Contraalmirante Wooster, cuyo nombre puede parecer una sorpresa a nuestros contemporáneos. No fue un hombre esclarecido, pero sus importantes y continuados servicios a Chile, hacen que su figura sea digna de estas líneas consagradas a su memoria.

Como hombre de mar, el Contraalmirante Wooster no tiene casi parangón con los otros jefes extranjeros que mandaron nuestros buques, a excepción de Lord Cochrane. Sus barcos, sus aparejos, sus tripulaciones y la férrea disciplina de ellos, fue lo más sobresaliente que mostrara ante nuestra Marina; y en verdad, los métodos introducidos por él sirvieron como una verdadera escuela inicial para nuestros marinos. En su vida privada el señor Wooster, aparte de la ruda corteza

de su profesión estampada bruscamente en sus modales, era un excelente caballero y un leal amigo. Y dice el historiador Pedro Pablo Figueroa: "Los que sólo vimos sus canas y las marcas de su vejez en su rostro, unidas a su dolor, le conservamos un verdadero respeto; los que le trataron en la intimidad de la vida, guardan de él una memoria afectuosa. Chile lo ha tenido hasta ahora en un lamentable olvido...".

Que sirva este ejemplo de enseñanza ennoblecedora, para perseverar en el bien y en el prestigio de la patria. La justicia llega, al fin, a través de las edades, por el convencimiento de la verdad y del afecto que despierta en los corazones la tradición legendaria de los hombres nobles y valientes.

Referencias:

"Album Militar de Chile", de Pedro Pablo Figueroa. Tomo III. Edición del año 1905.

